

Capitalismo, reforma y revolución. Bobbio y el cambio político

Ermanno Vitale¹

Traducción: Camilo Soto Suárez²

Recibido: 21-9-2022 / Aceptado: 1-6-2023 / Publicado: 11/7/2023

Resumen. A partir del curso sobre el cambio político impartido por Norberto Bobbio en 1979, ahora transformado en un libro póstumo a iniciativa de varios antiguos alumnos del profesor turinés, Vitale desarrolla cuatro puntos relativos a la revolución, la reforma y otras formas de cambio político en la era moderna y contemporánea. Primero, cuál sea hoy, en nuestras sociedades capitalistas enfrentadas al cambio climático y otros desastres ecológicos, la relación que medie entre las revoluciones científicas y las políticas. Segundo, qué efectos ha tenido el abandono de la perspectiva revolucionaria a favor de un reformismo que se decía más realista. Podemos preguntarnos si tal opción no ha sido una forma de engaño, en tanto en cuanto el reformismo se ha revelado como una forma de rendición “dulce” a la sociedad de mercado y a sus valores. Tercero, ¿existen en nuestro tiempo los elementos necesarios (principalmente, sujeto político, liderazgo y una ideología bien estructurada) para convertir la rabia por la injusticia y la desigualdad en un proyecto revolucionario y no solo en revueltas esporádicas? Cuarto, ¿qué papel desempeña la guerra en los procesos de cambio geopolíticos? En particular, se presta especial atención a la guerra en curso en Ucrania, que a primera vista parece conducir a un “choque de civilizaciones” entre la cosmovisión (*Weltanschauung*) occidental y la oriental.

Palabras clave: Reforma, Revolución, Capitalismo, Guerra, Choque de Civilizaciones.

[en] Capitalism, reform and revolution. Bobbio and political change

Abstract. Starting from the course on political change taught by Norberto Bobbio in 1979, now transformed into a posthumous book on the initiative of various old alumni of the professor from Turin, Vitale developed four points relating to revolution, reform and other forms of political change in modern and contemporary times. Firstly, in our capitalist societies grappling with climate change and other ecological disasters, what can be the relationship between scientific and political revolutions? Secondly, regarding the abandonment of the revolutionary perspective in favor of a more realistic reformism, we can ask whether this choice has not led to a great deception, because reformism was in fact a form of “sweet” surrender to market society and its values. Thirdly, are there in our time the ingredients (mainly, political subject, leadership and a well-structured ideology) to transform anger at injustice and inequality into a revolutionary project and not just sporadic revolts? Fourthly, what role does war play at the level of geopolitical change, with particular reference to the current war in Ukraine which seems to envisage a new situation of “clash of civilizations” between Western and Eastern *Weltanschauung*?

Keywords: Reform, Revolution, Capitalism, War, Clash of Civilizations.

Cómo citar: Vitale, Ermanno (2023). Capitalismo, reforma y revolución. Bobbio y el cambio político. *Las Torres de Lucca. Revista internacional de filosofía política*, 12(2), 103-112. <https://dx.doi.org/10.5209/ltl.83872>

Algunos recuerdos (tengan paciencia)

En 2021 vieron la luz los apuntes póstumos del último curso universitario de Norberto Bobbio, dedicado al tema del cambio político y que impartió en Turín entre noviembre de 1978 y mayo de 1979 (Bobbio, 2021). Quiero dejar constancia de que ello fue posible gracias a la tenacidad de tres excelentes antiguos alumnos de Bobbio.³ La forma

¹ Dipartimento di Scienze economiche e politiche, Università della Valle d’Aosta.

Correo electrónico: e.vitale@univda.it

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0766-3347>

² Universidad Complutense de Madrid

Correo electrónico: camsoto@ucm.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6675-4305>

El traductor quiere agradecer al director de la revista y a los editores del número, especialmente al Profesor Agustín Menéndez Menéndez, por la oportunidad entregada para colaborar con la presente traducción así como por las oportunas correcciones realizadas a la misma.

³ Mención especial entre los estudiantes de Bobbio que editaron el volumen merece Piero Meaglia, quién conservó las transcripciones de las conferencias a partir de las cuales fue posible ensamblar el volumen.

y la fecha de la publicación son inusuales, pero, dadas las circunstancias, la únicas posibles si se quería respetar el pensamiento del autor. Bobbio no tuvo la oportunidad, como hizo con muchos de sus otros cursos, de preparar *le dispense* para los alumnos, transformando las lecciones en un texto más sintético y lineal, sin repeticiones ni divagaciones⁴. El texto nos ofrece, a más de cuarenta años de distancia, una especie de transcripción de las conferencias, un ensayo extremadamente fiel que nos permite apreciar no solo la calidad superlativa de las lecciones de Bobbio, sino también reflexionar sobre el valor de ese sistema universitario que el denominado “proceso de Bolonia”⁵ ha destruido alegremente, transformando poco a poco las universidades, lugares clave del pensamiento crítico, en “empresas”. Por lo menos en el ámbito humanista, el curso tenía una duración anual, impartándose en sesiones de una hora tres veces a la semana. De este modo, los cursos eran la espina dorsal de una educación que daba a los estudiantes tiempo para afrontar realmente los temas, para reflexionar y discutir, en vez de deglutir contenidos mal digeridos en cursos que se llaman semestrales pero que en realidad duran dos o tres meses. Los propios profesores, por muy voluntariosos que sean, se ven forzados a ofrecer a los alumnos cursos estandarizados, más o menos los mismos que en años anteriores, reproduciendo los métodos de enseñanza de las escuelas secundarias. Una reforma que, entrando ya en materia, parece más bien una mala contrarreforma que podría, y tal vez debería, provocar una radicalización –¿revolución?– de la educación superior.

Esa fue también la ocasión en la que conocí al profesor Bobbio. Como cualquier estudiante, uno de los muchos que llenaban anónimamente la gran aula donde se impartía el curso, tenía curiosidad por un tema que en la larga “onda” de 1968 estaba tan de moda como confusamente articulado en el debate público de la época. Un momento en el que se cernía la larga sombra del fenómeno del terrorismo doméstico que culminó en la primavera de 1979 con el secuestro y asesinato de Aldo Moro por parte de las Brigadas Rojas. Echando la vista atrás, aquel curso también marcó de algún modo el inicio de mi inesperada, en el sentido de no imaginada ni programada, “vida de estudio”. Habiéndome matriculado románticamente en Filosofía con la ilusión de que la vieja metafísica o sus sucedáneos del siglo XX me podrían ayudar a entender el mundo y en consecuencia a encontrar respuestas a las grandes cuestiones ético-políticas –¡qué ingenuo!–, al seguir las clases de Bobbio empecé a pensar que aprender a distinguir conceptos y a formular preguntas correctamente sin olvidar el marco histórico en el que surgieron era quizá lo que en el fondo buscaba, o en todo caso lo que podía esperar conseguir.

Que esa agitación juvenil y esa búsqueda de sentido pudieran incluso transformarse en una actividad profesional, en un trabajo, fue para mí un ulterior motivo de sorpresa. Viniendo de una familia en la que nadie había estudiado antes que yo, la universidad me atemorizaba, nunca me sentí del todo a gusto en ella, nunca del todo a la altura. Ahora que por fin estoy fuera de ella puedo admitirlo. Comprenderán, pues, por qué la lectura y el comentario de este volumen, que trae a mi memoria con precisión casi maníaca aquel clima y aquellas palabras, que para bien o para mal orientaron tantas de mis opciones, es para mí ante todo una fuerte emoción, que se tiñe de nostalgia y melancolía.

Pero ahora, sin más preámbulos autobiográficos, es tiempo de iniciar el discurso sobre el cambio político, según el método empírico-analítico que nos enseñó Bobbio, al menos hasta donde yo pude aprenderlo. En verdad, mis escasas observaciones tendrán el carácter de “notas al margen” al texto. Haré referencia simplemente a los puntos que me llamaron la atención, que quizás ya lo hacían cuando era estudiante, aunque en esa época nunca me hubiera atrevido a formular una pregunta. Son cuatro puntos que se encuentran en la parte final del curso, dedicada, tras el habitual y magistral *excursus* sobre lo que nos han enseñado los clásicos, a la “teoría general de la revolución”. Leídos secuencialmente, a mi modo de ver estos elementos permiten desarrollar un esbozo de razonamiento no solo en torno a la relación –¿dicotómica?– entre reformas y revolución, sino también en torno al papel histórico del capitalismo respecto al cambio político en la Edad Moderna, un tema recurrente. Sin embargo, el lector no debe buscar un *ordo et connexio idearum* que el autor no cree poder proporcionar. En el mejor de los casos encontrará algunos elementos de reflexión.

Seguirán, a modo de conclusión, algunas consideraciones inevitablemente referidas a, y condicionadas por, la agresión a Ucrania por parte de Rusia, que comenzó el 24 de febrero de 2022. Será un modo, al menos, de poner a prueba una vez más la idea bobbiana de que la filosofía política, aun cuando reflexiona sobre el cambio, se ocupa de una serie de temas recurrentes, de lo que permanece en lugar de aquello que fluye a lo largo del tiempo. O dicho de otro modo, que la filosofía política es parmenídea y no heraclíteana (Bobbio, 1999, p. 21). Veremos si parte de estas lecciones, a pesar de los cambios relevantes que se han producido en los últimos cuarenta años, tanto en la política italiana como, cada vez más intensamente, en las relaciones internacionales, todavía tienen algo que decirnos respecto del intento en curso de redibujar el orden geopolítico global, y al hacerlo alejarnos del tiempo de los derechos, es decir, de la tríada constituida por paz, derechos y democracia, del que Bobbio buscó kantianamente, en los procesos de difusión del régimen democrático y de superación de la guerra fría, algún *signum prognosticum* (Bobbio, 1990, pp. 62-65).

Capitalismo, revoluciones científicas y sociales

La primera cuestión que llamó mi atención se encuentra en la lección 45, donde Bobbio, para definir mejor el concepto de revolución, entendido genéricamente como cambio radical, imprevisto y potencialmente violento del orden

⁴ Un recuerdo que vale por muchos: Bobbio (1976) subrayó que, en cuanto a la forma, se trataba en esencia de verdaderos libros, en los que la didáctica se conjugaba con la investigación, resultando útiles tanto para los estudiantes como para los estudiosos.

⁵ N. del T.: El “proceso de Bolonia” fue un proceso impulsado por múltiples ministros de educación de los países europeos, cuyo fin fue establecer el *Espacio Europeo de Educación Superior* para promover el intercambio entre profesores y estudiantes, así como facilitar el reconocimiento recíproco de los estudios superiores entre las diferentes universidades europeas.

existente, recurre a la conocida tesis expresada por Thomas Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas* según la cual el progreso científico no viene dado por una sucesiva acumulación de conocimientos sino por innovaciones totales, por cambios de paradigma, por rupturas de continuidad que desquician el sistema hasta entonces tomado como “verdadero” por la comunidad científica, y sobre el que solo son posibles adiciones y correcciones parciales. Algo análogo ocurre cuando se produce una revolución social y política. Escribía Bobbio:

El nuevo paradigma es propiamente lo contrario, es una antítesis, es incompatible [con el antiguo]. Son incompatibles, como la teoría de la revolución. La teoría de la revolución sostiene que cuando se produce una revolución, se crea un orden jurídico que es incompatible con el anterior (Bobbio, 2021, p. 445).

A partir de estas consideraciones se inicia una reflexión en torno a las diferencias entre las revoluciones científicas, sujetas a verificación experimental, y las revoluciones sociales y políticas, cuya “verificación” se confía al desarrollo de los acontecimientos, a la historia, que suele dar respuestas mucho menos precisas y a menudo manifiestamente ambiguas. En el interior de tal reflexión, o más bien cuando Bobbio avanzaba hacia su conclusión, un estudiante observa que las revoluciones científicas son revoluciones interpretativas, mientras que las revoluciones políticas consisten en una intervención “demiúrgica” por parte de los revolucionarios, destinada a modificar la realidad. Bobbio responde que la observación es correcta. Interviene a este respecto Bovero, cuestionando la separación excesivamente clara y simple entre las dos esferas:

Una visión del mundo comporta no solo la posibilidad lógica, sino el inicio concreto de una modificación del mundo. Siempre ha sido así. El sistema teórico-científico aristotélico está vinculado a una determinada técnica de dominación de la naturaleza. El sistema científico del Renacimiento, como es el caso, está ligado a un despeje de la dominación de la naturaleza de carácter completamente distinto y, entre otras cosas, relacionado con el desarrollo del capitalismo. No se trata sólo de contemplación (Bobbio, 2021, p. 450).

La lección 45 se cierra así, sin más respuestas ni comentarios. Estas pocas palabras de Bovero encierran muchas, si no todas, las cuestiones que subyacen a una teoría general de la revolución, cuestiones que Bobbio desarrollará en lecciones posteriores. En primer lugar, para hacer una revolución social y política, algo mucho más profundo que una rebelión o un golpe de Estado, es necesario no solo que existan las condiciones materiales para desencadenar el proceso, sino también que se haya elaborado previamente una “visión del mundo” alternativa a la vigente. Una elaboración gradual, acumulativa, polifónica que en algún momento desemboca –podría desembocar– en un cambio de paradigma. El momento de ruptura de la continuidad cobra protagonismo y de este modo queda oculta la gradualidad del proceso, el asentamiento secular de las condiciones materiales, científico-técnicas y espirituales que preparan la posibilidad de la revolución. La *scientiam propter potentiam* baconiana abre el camino para pensar la relación entre los seres humanos, y entre estos y lo que convencionalmente llamamos “naturaleza”, en la clave que será propia de la explotación indiscriminada de sus recursos, una constante del capitalismo incluso en sus diferentes figuras históricas y en sus diferentes latitudes, hasta configurar la época que algunos estudiosos denominan “antropoceno”, aquella en la que ese poder derivado de la combinación del conocimiento técnico-científico y del sistema socioeconómico es capaz de alterar de forma significativa, tal vez irreparable, las estructuras profundas que garantizaban el equilibrio ecológico y geológico del planeta⁶.

En el análisis de las formas del cambio político –y en particular de las múltiples relaciones entre teoría y praxis de las reformas y la revolución, que Bobbio pone en evidencia en las conferencias posteriores–, cabe preguntarse si el riesgo cada vez más concreto de catástrofe ecológica, de que crucemos ese punto de no retorno que impondrá *nolens volens* un cambio de paradigma, no es el terreno efectivo sobre el que medir hoy dichas formas. El análisis de Bobbio se centra en las razones económicas, políticas y jurídicas del cambio en la modernidad, en cuya base ha habido hasta ahora, desde las revoluciones inglesa y francesa, un conflicto de clases más o menos explícito. Con intentos de avance –los *levellers* y los *diggers*, o un siglo después los jacobinos y los *sans-culottes*– y contragolpes reaccionarios, pero llegando finalmente al despeje de la definitiva transformación burguesa y capitalista de la sociedad. Entre los siglos XIX y XX, la lucha de clases dio pie a la emergencia de un nuevo protagonista, el proletariado, que intentaría arrebatar el poder a la burguesía, al tiempo que compartía su idea de progreso, de *scientiam propter potentiam*. La naturaleza quedaba fuera de la reflexión sobre el cambio sociopolítico, concebida fundamentalmente como inmutable, un tipo de cielo aristotélico o dantesco de estrellas fijas sustancialmente indiferente a la acción y agitación humanas. Y que por parte de los hombres solo podía ser objeto de “contemplación”. Ahora bien, si la hipótesis del antropoceno, que comporta también una nueva “visión del mundo”, tiene sentido, no podemos no cuestionarnos nuestra capacidad para efectuar también el cambio, por así decirlo, al nivel de las estrellas fijas, hasta ahora al abrigo de la corrupción. Tal vez, me limito a apuntarlo, las categorías tradicionales con las que hemos reflexionado sobre el cambio político –revolución, reforma, entre otros– y sus sujetos –las élites, el partido, la clase obrera, los intelectuales– deban ser repensadas. Tal vez Bobbio tenga razón cuando observa con Kuhn que las revoluciones científicas, los cambios de paradigma, por muy maduros que sean, dejan obsoleta de repente la “ciencia normal” que se sigue enseñando y practicando en las universidades y centros de investigación. Quizá también la ciencia y la filosofía política “normal” sean anticuadas. Solo queda esperar al Hobbes de turno, con la esperanza de que llegue a tiempo. Porque esta vez parece que el tiempo apremia.

⁶ Sobre este tema se debate ya desde hace veinte años, lo que ha generado una bibliografía, aunque sea muy especializada, considerable. Solo mencionaré un volumen que intenta reconstruir tal historia de forma problemática: (Ellis, 2018).

La vía reformista: ¿éxito o fracaso?

Mientras esperamos el cambio de paradigma, sigue siendo de cierto interés echar la vista atrás, y al hacerlo, reflexionar sobre la extraordinaria resistencia y capacidad de duración, aunque medida por mutaciones internas, del modelo capitalista, una capacidad que parece haber condenado a cualquier perspectiva de revolución social a pura veleidad, o a su transformación en una pesadilla distópica. En la lección 50, Bobbio sostiene, de forma casi apasionada que, nos guste o no, el capitalismo es más fuerte que nunca:

La primera crisis es la de fin de siglo [XIX]. Bernstein sostiene que, dado que no se han realizado las condiciones previstas por Marx, la revolución es imposible. Hace falta abandonar el ideal de la revolución y atenerse a la estrategia de las reformas. En esto consistía el revisionismo. Todos los partidos socialistas de Europa Occidental son hoy considerados revisionistas porque ocupan más o menos tal posición. El capitalismo es más fuerte que nunca, después del capitalismo vino el neo-capitalismo, después el neo-neo-capitalismo y así sucesivamente. La renuncia a la revolución es una estrategia distinta, llámese eurocomunista, socialdemócrata, eurosocialista, pero desde luego no es la estrategia marxista-leninista. La famosa tesis de Bernstein es que lo que importa son los medios, el movimiento, no el fin. [...] El movimiento independientemente de la meta. Si separas el movimiento de la meta, puedes ser razonablemente, fundamentalmente reformista. ¿Cuál es la crítica al reformista? Es precisamente la de proponer una estrategia que no conduce a la meta: reformas, mejoras, pero entonces no se alcanza la meta (Bobbio, 2021, p. 503).

Bobbio reitera con fuerza que el capitalismo “es más fuerte que nunca”, está en constante cambio pero nunca entra realmente en crisis, o mejor dicho sus crisis, por rompedoras que sean, no parecen ser nunca terminales. Por otra parte, el propio Marx, al tiempo que pronosticaba el fin del capitalismo a causa de sus contradicciones internas, contradicciones que la revolución proletaria habría acelerado y hecho estallar pero que finalmente no provocó, había elogiado en el *Manifiesto* la capacidad burguesa de auto-regeneración, su extraordinario dinamismo⁷. Cuando Bobbio afirma que el capitalismo goza de excelente salud, estamos a finales de los años setenta, acaban de concluir, o están a punto de hacerlo, los “Treinta Gloriosos”, aquella fase de compromiso entre el capital y el trabajo en la que tomó forma la perspectiva reformista o socialdemócrata, siguiendo los pasos de Bernstein, pero más diluida. En octubre de 1980, en Turín, la denominada “marcha de los cuarenta mil” contra la huelga a ultranza, con los correspondientes piquetes, proclamada por el consejo de fábrica de la FIAT marcó simbólicamente el fin del sindicato como actor representativo capaz de tomar una posición seria sobre cuestiones socioeconómicas básicas. Los propios Marx y Engels sostenían, como Bobbio no deja de subrayar (Bobbio, 2021, pp. 413-420), que había llegado el momento de la revolución. Había que preparar la revolución. Las reformas, el gradualismo, podían ser la forma de prepararla. En cambio, los intentos de insurrección promovidos por una pequeña vanguardia –por ejemplo, la Conspiración de los Iguales fomentada por Graco Babeuf– estaban destinados al fracaso y en su mayoría abrían la puerta a giros reaccionarios. Sin embargo, el reformismo de Bernstein y más tarde de los partidos comunistas, que solo lo eran de nombre, siendo socialdemócratas de hecho, constituía una renuncia explícita a la revolución. La meta, si es que la había, era una especie de capitalismo con rostro humano, que incluyera el sufragio universal y una serie variable de derechos sociales. Una quimera aún más problemática que el socialismo liberal, que debía alcanzarse construyendo una sociedad ampliamente desigual pero opulenta, en la que incluso los menos favorecidos pudiesen disfrutar de una vida más o menos decente. En el fondo, era la versión estatista, institucionalista, del efecto *trickle down* tan apreciado por los neoliberales. Para esta izquierda, el igualitarismo intransigente que permeaba la *Crítica al programa de Gotha*– “¡de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades!” –no era solo un palidísimo recuerdo sino la propia mala conciencia, que debía ser suprimida y enterrada bajo los triunfos, a menudo más aparentes que reales, de la prosperidad proletaria que permitía a (casi) todos comprarse un utilitario e irse unos días de vacaciones a la playa, contribuyendo así de modo eficaz a superar brillantemente, al menos por el momento, las contradicciones del capital que el ingenuo Marx había creído identificar. Si Bobbio decía en 1979 que el capitalismo era tan fuerte como siempre, hoy, después de décadas de neoliberalismo triunfante, que ha reducido a simulacros funcionales los efectos de aquella temporada de reformas, ¿qué podemos decir?

¿Qué queda, tras más de cuarenta años de liberalismo cada vez más agresivo, de capitalismo depredador cuya máscara en mi opinión no tiene ni ha tenido mucho de rostro humano, de la perspectiva reformista, del eurocomunismo o del eurosocialismo? Hoy en día, incluso la palabra “reforma” está completamente desligada del significado que tenía en la discusión de los siglos XIX y XX entre reformistas y revolucionarios: actualmente reforma significa de forma mucho más genérica el ajuste de un sector, por ejemplo, reforma escolar, reforma de la sanidad, entre otros, algo que en la mayoría de casos va en la dirección de hacer que ese sector esté más en sintonía con la “idea de hacer que todo sea una empresa”. En su mayor parte, estas reformas parecen contrarreformas, que restan derechos a los más débiles y se alejan cada vez más de la meta bobbiana del “tiempo de los derechos”, su manera de resumir la perspectiva reformista en la que, con toda prudencia, creía. Al renunciar a fijarse una meta, el reformismo se condena al movimiento como fin en sí mismo, sin una dirección precisa. Por tanto, distinguir entre reforma y contrarreforma es difícil. En el fondo, incluso las reformas de matriz neoliberal se hacen con la intención declarada de mejorar tal o cual proceso e indirectamente la sociedad en su conjunto.

⁷ Marx y Engels, 1988, p. 10: “La burguesía no puede existir sin revolucionar continuamente los instrumentos de producción, y por consiguiente todas las relaciones sociales”.

Dando vueltas a estos asuntos, uno no puede, o al menos yo no puedo, quitarme de la cabeza una pregunta que sé que es embarazosa, inoportuna, especialmente para los amigos intelectuales y militantes de izquierdas. ¿Es posible que incluso la estrategia reformista haya, finalmente, fracasado? ¿Un espejismo, una perspectiva a medio plazo que, a su pesar o no, ha producido resultados coyunturales, accesibles a unas pocas personas dado que en el fondo se limita a un par de generaciones del perímetro de Europa Occidental, pero sobre todo que han resultado ser funcionales a un proyecto más vasto y diferente, o incluso opuesto, en suma a una perspectiva global que reformista no era? Si, digamos, la escuela pública gratuita para todos hasta los dieciséis años pasa de ser un lugar de formación intelectual y cívica a un lugar de preparación técnica y profesional del trabajador-consumidor, donde se rechaza el espíritu crítico, ¿podemos aún decir que la escuela pública es un elemento fundamental de una perspectiva reformista, en el sentido de la construcción, tomada muy en serio, de una sociedad socialdemócrata? Después de todo, incluso el capitalismo, especialmente el capitalismo postindustrial, necesita trabajadores con competencias profesionales, que no pueden ser obtenidas sin primero alcanzar algunas competencias básicas. El capitalismo no hace la guerra a la escuela pública: más bien la moldea, o remodela, según sus necesidades.

¿No podría ser, dicho de una forma que puede provocar aún más rechazo, que los “Treinta Gloriosos” fueran en última instancia un engaño, un pacto no *con* el capital sino *para* el capital, un truco en el que el reformismo derrotó a la revolución para ser a su vez hundido, distorsionado, ridiculizado, después de haber cumplido su función de sepultar la revolución? El arquetipo que encaja aquí es, en el mejor de los casos, el del tonto útil: el reformista, sin saberlo, hace el juego a los conservadores, al reforzamiento y extensión del *statu quo*. Si lo hace conscientemente, como sospechaba Gallino, es obviamente aún peor⁸. Hoy, el reformismo es, en el mejor de los casos, “capitalismo compasivo”, que distribuye algunas migajas porque le interesa evitar que se agrave aún más el malestar social. No es cierto que el movimiento reformista deba o quiera prescindir de la meta: sencillamente, tiene otra distinta.

Una vez fracasada la vía reformista, como parece indicar la combinación de desigualdades de proporciones que dan vértigo, y que se dan a todos los niveles —entre personas, entre Estados, entre continentes—, de catástrofes medioambientales que ya se están produciendo o que son previsibles en tanto que inminentes, parece indicar, al menos a nivel de hipótesis abstracta, que están presentes las condiciones objetivas necesarias para reabrir la vía alternativa, la revolucionaria. Puesto que ya no queda tiempo, como nos recuerdan los llamamientos cada vez más sinceros de casi toda la comunidad científica mundial, se podría pensar que hay que intentar hacer la revolución, es decir, cambiar radicalmente el orden socioeconómico y jurídico de forma rápida y, por qué no, incluso violenta, corriendo ciertamente el riesgo de que la naturaleza de los medios corrompa la del fin, es decir, que la violencia se extienda y se convierta en un fin en sí mismo, en puro terror, que deje de ser solo un instrumento de emergencia, extraordinario, que hay que utilizar *oborto collo* y solo si es absolutamente necesario. En el otro lado de la balanza, sin embargo, nos encontramos con una situación fuera de control, que en cualquier caso generaría muerte y sufrimiento a una escala enorme, inaudita. Transformar una situación insostenible para evitar que degenera hasta alcanzar su último estadio, aquel en el que la supervivencia deja de estar asegurada, tiene en sí mismo un carácter revolucionario. Podríamos incluso decir, haciendo una conjetura, que, dadas las condiciones objetivas que concurren, un programa revolucionario parece necesario. Se trata de controlar a las tendencias salvajes (*animal spirits*) del capitalismo, es decir, de derrocarlo, porque en el fondo el capitalismo es esas tendencias salvajes, es depredador *an sich*, tiende naturalmente al *border crossing*, como dice Streeck, incluso cuando lleva la máscara de la protección del medio ambiente —el mantra vacío de la sostenibilidad— y de la solidaridad social, de la contención de las desigualdades asegurada, se dice, por la igualdad de oportunidades⁹.

A mi modo de ver, un programa revolucionario del tiempo presente, organizado por puntos clave en la línea de las últimas páginas del *Manifiesto Comunista*, requeriría que comenzásemos un proceso de transformación radical de nuestro sistema socioeconómico, desde la movilidad hasta la cadena agroalimentaria, pasando por la gestión del problema demográfico, en resumen por todas las formas de relaciones sociales y económicas actuales. Para convertirse en programa de gobierno, se necesitaría del apoyo de todas las víctimas inconscientes de estos procesos autodestructivos, es decir, que una mayoría cualificada de ciudadanos tomara rápidamente conciencia del estado de las cosas. Pero esto parece improbable, decididamente utópico. En primer lugar, porque los ciudadanos son efectivamente todos ellos víctimas de estos procesos, pero no en la misma medida, de modo que en muchas personas prevalece aún el desinterés, o al menos la convicción de que es posible resolver estos problemas con “revoluciones” tecnológicas, sin cambiar el nivel de vida, los hábitos establecidos. En segundo lugar, porque todos nosotros, de diversas maneras igualmente víctimas, no somos, sin embargo, pensables y “representables” como clase. No parece existir hoy, o en todo caso si existe potencialmente está lejos de estar estructurada y “operativa”, el equivalente de la “clase proletaria”, o de la “clase obrera” que podría servir como sujeto histórico de una revolución en un futuro próximo. Lo que vemos en el mundo globalizado son los *disiecta membra* producidos por la atomización de las “sociedades parciales” y las múltiples formas de “desintermediación” (Cuono, 2015).

El resultado es una paradoja tragicómica: el capitalismo parece invencible —sus siglos están contados, ironiza alguien, la lucha de clases existe pero la han ganado los capitalistas, matiza otro— pero al mismo tiempo nos condu-

⁸ Gallino, 2011, p. 23, menciona el fenómeno de las *revolving doors* —las puertas giratorias—, es decir, el rápido intercambio de cargos entre los altos funcionarios de las instituciones financieras, políticas y sindicales.

⁹ Streeck, 2021, p. 268: “Una metáfora de la dinámica del crecimiento capitalista ligada al *land-grabbing* es el cruce de fronteras. La expansión capitalista, o el desarrollo, consiste en la instauración de relaciones de mercado donde hasta entonces no las había”.

ce irresponsablemente, casi alegremente, al desastre anunciado por lo menos hace medio siglo por los científicos, escuchados y glorificados solo cuando producen “innovaciones” funcionales al lucro¹⁰.

Del sentido de este aparentemente imparable “descenso al *maelström*” nos da cuenta Gallino con desesperada lucidez en las páginas finales de su *Finanzcapitalismo* (2011). Tras dedicar la parte cuarta del volumen, titulada *Reformas quizá imposibles pero necesarias*, a indicar medidas concretas útiles para la posible “civilización” del capitalismo financiero –vías gradualistas, se podría decir–, el autor escribe:

El *finanzcapitalismo*, más que ninguna otra fase anterior del capitalismo, está empeñado en transformar a los seres humanos en robots, o sea en siervo-mecanismos,¹¹ o en redundantes, pero su acción no se limita tan solo a ello. Les quita la posibilidad de desarrollar plenamente el potencial intelectual y afectivo que les es propio, privándolos así de un derecho que debería ser inalienable. De ese modo se genera al mismo tiempo otro daño gravísimo, ya que, como ha escrito un filósofo que quizá más que ningún otro prosiguió lo dicho por de Marx, en el estado actual del mundo, “si el saqueo irresponsable del planeta compromete la supervivencia de la humanidad, el saqueo irresponsable de la humanidad priva de innumerables energías a la tarea de preservar el planeta” (Gallino, 2011, p. 323).

Como si no bastase, a esto se añade, observa además Gallino, la “interiorización total de la racionalidad neoliberal en la estructura de la personalidad”. El modelo calculador y contable no impregna en ella solo el ‘yo’, la racionalidad respecto a la finalidad, sino también el ‘ello’ y el ‘super-yo’, es decir, respectivamente las pulsiones instintivas y las instancias morales: por tanto al *finanzcapitalismo* “deben atribuírseles las características de una fe” (Gallino, 2011, p. 323). En resumen, el capitalismo financiero, la idolatría del mercado, se ha convertido a todos los efectos, según Gallino, en mucho más que una teoría económica: es de hecho una cosmovisión (*Weltanschauung*) totalizadora, o quizás mejor, totalitaria. Habiéndose apoderado de todas las esferas de la acción social y habiendo aniquilado o quitado dignidad a toda forma de oposición intelectual, desde todos los posibles puntos de vista, el *finanzcapitalismo* que expresa la esencia de las relaciones entre los individuos no es “modificable gradualmente ni por la enseñanza ni por la experiencia. Sólo puede entrar bruscamente en crisis. Se trata de saber hasta dónde tendrá que avanzar la crisis en curso de la civilización-mundo [...] antes de obligarnos a reconocer su propia insostenibilidad. Cuando tal reconocimiento se produzca a gran escala, la mega-máquina del *finanzcapitalismo* se verá rápidamente privada de las unidades humanas indispensables para su funcionamiento” (Gallino, 2011, p. 324).

Si este análisis fuese siquiera parcialmente correcto, la conclusión no podría ser otra que la de que el reformismo es impracticable, y que un giro brusco, un cambio repentino y tal vez violento –en resumen, una revolución que sin embargo lleve consigo un proyecto de emancipación humana– sería deseable en tanto que parece éticamente necesaria. Pero, dadas las condiciones *de facto*, incluso esta opción resulta imposible. Es más probable que nos esperen largos años de regresión civil, de involuciones nacionalistas e identitarias, de rebeliones debidas a meras formas de lucha por la supervivencia, de contiendas geopolíticas encarnizadas. En suma, de irracionalismo y primitivismo político. A fin de cuentas, la reacción también es cambio político.

Revoluciones y revuelta entre planificación y liderazgo (*leadership*)

La falta de sensibilidad, y en consecuencia, de capacidad de proyectarse hacia el futuro, de pensar lo que aún no existe, de rediseñar el orden social, jurídico y político, ha sido probablemente la razón que ha relegado a la gran mayoría de los levantamientos, revueltas o rebeliones a la infertilidad y a la irrelevancia histórica. Meras expresiones de rabia y malestar, flores de un día que la clase dominante es capaz de contrarrestar fácilmente, la mayoría de las veces recurriendo a la pura represión, otras con lo que parecen concesiones pero resultan ser cambios insignificantes.

Para aclarar todo esto, Bobbio cita el Diccionario de sinónimos de la lengua italiana de Niccolò Tommaseo:

La revuelta estalla de repente, por causas incluso leves, y de repente decae. Los soldados la aplastan, la prisión la reduce a cadenas y el verdugo la estrangula. Pero de una revolución son profundas las causas, largo el curso, irresistible. Que nadie se jacte de haberla promovido, que nadie presuma de dominarla a su antojo. La revuelta sigue a un líder, la revolución sigue a una idea (Bobbio, 2021, p. 483).

Bobbio objeta que nunca ha habido una revolución que no haya tenido su líder carismático: Cromwell, Robespierre, Lenin, Mao, Castro... Algo difícil de negar, pero es igualmente problemático rebatir que todos los levantamientos, revueltas o revoluciones han tenido líderes carismáticos, aunque menos conocidos por la Historia. Citaré uno que representa a todos, Tommaso Aniello d’Amalfi, más conocido como Masaniello, que en julio de 1647 capitaneó el levantamiento napolitano contra la presión fiscal ejercida por el virrey español sobre los productos de primera necesidad, que duró unos diez días y acabó con su asesinato.

Así, parece razonable pensar que la distinción yace, como sugería Tommaseo, precisamente en la existencia o no de una idea, o sea de un corpus doctrinal suficientemente robusto, por articulado e incluso internamente conflictivo

¹⁰ Es de 1972 el famoso pero desolador informe encargado por el Club de Roma a los científicos del System Dynamics Group (del MIT) y titulado *Los límites del crecimiento* (Meadows, Meadows, Randers y Behrens III, 1972).

¹¹ [N. del T.] Traduzco con este neologismo el término italiano *servo-meccanismo*. Véase <https://www.treccani.it/vocabolario/servomeccanismo/>

(ni Cromwell era [John] Lilburne, ni [Paul] Barras era Robespierre), capaz de negar toda legitimidad al poder constituido y fundar una “nueva sociedad”, alimentando de este modo entre los revolucionarios la esperanza de alcanzarla.

Se diría que toda tentativa revolucionaria, para no ser completamente vana, necesita no solo condiciones objetivas que la justifiquen y la preparen sino también pensar que “otro mundo es posible” y dar una forma, aunque sea genérica y provisional, a las instituciones de un nuevo mundo. Por regla general, esta es la labor de un sector de intelectuales que, según observa Bobbio basándose en el libro de [Crane] Brinton *Anatomía de la Revolución*, abandonan la clase dominante de la que bien o mal formaban parte y, utilizando las herramientas propias de su oficio, critican de raíz el *statu quo* e imaginan un mundo completamente distinto. Caso emblemático es el de la Revolución Francesa, pero la observación es extensible a otros momentos revolucionarios:

La revolución nació de la crisis del *ancien régime*, de la que [Brinton] estudia algunos componentes, uno de los más importantes es lo que denomina la “deserción de los intelectuales”. Una señal de crisis inminente es que la *intelligentsia* se vuelva contra el sistema. Se abre así una fase, por así decirlo, ilustrada, o lo que es lo mismo, una fase en la que un grupo de intelectuales prepara la revolución, intelectuales que pertenecen también a la clase dominante, pero que se separan precisamente en tanto que intelectuales, justamente en cuanto trabajadores de las ideas que tienen un espíritu crítico y de lucha. [...] Si se quisiera hacer una analogía con nuestra época, habría que preguntarse: ¿hay o no hay ilustrados hoy? Sin duda existe hoy una enorme ebullición en la esfera de los intelectuales, de crítica al sistema, desde la derecha y desde la izquierda, con lo que tanto el régimen soviético como el régimen capitalista podrían ser considerados como un *ancien régime* (Bobbio, 2021, p. 520).

A finales de los años setenta, Bobbio, aunque con todas las cautelas del caso, consideraba que, al menos en Europa, seguía existiendo lo que a grandes rasgos puede definirse como un impulso ilustrado, entendiendo por Ilustración no tanto al movimiento de ideas del siglo XVIII que nutrió de argumentos a los revolucionarios franceses cuanto una especie de Ilustración perenne, caracterizada por el ejercicio de un pensamiento crítico que osa poner en discusión lo existente, la tradición, las relaciones y las costumbres sociales, el sentido común y las creencias establecidas, y finalmente la legitimidad del poder constituido que de esta compleja sedimentación de creencias es a la vez causa y efecto, celoso guardián y supremo beneficiario. Esta crítica radical, que le da la vuelta a los fundamentos ideológicos del poder establecido, es en sí misma una especie de boceto de la revolución. Así es como, por ejemplo, entendieron los jacobinos la obra de Rousseau.

En 1979 Bobbio veía a su alrededor un cierto fermento en la intelectualidad europea, en definitiva una cierta vivacidad *lato sensu* ilustrada, una disposición a razonar sobre cambios radicales, o al menos profundos. Tal vez, en retrospectiva, estábamos ante el ocaso del 68. Si nos planteamos esa misma pregunta hoy –“¿hay o no hay ilustración?”– la respuesta me parece que es desconsoladora. El hecho mismo de que el icono de la lucha contra el cambio climático y la destrucción del planeta sea desde hace algunos años una admirable joven sueca que cumplirá 21 años en enero de 2024 dice mucho acerca de la ausencia actual de bocetos preparatorios del cambio revolucionario. Que yo recuerde, la última tentativa de crítica radical del capitalismo, probablemente poco realista pero en cualquier caso aplastada recurriendo a las formas de represión típicas de los estados autoritarios, se remonta al Foro Social de Génova de los años 2000 y 2001 y, más en general, al esfuerzo de los movimientos antiglobalizadores de aquellos años, que sostenían que “otro mundo era posible”.

Se diría, en conclusión, que faltan todos, o casi todos, los ingredientes para hacer una revolución –ingredientes que Bobbio examina escrupulosamente. Faltan los intelectuales comprometidos en aportar la doctrina, falta el sujeto histórico, una clase suficientemente cohesionada que reconozca como su interés principal, a pesar de los riesgos que deberá correr y de los precios que deberá pagar, un cambio político radical, o el derrocamiento de un antiguo régimen. Finalmente, faltan líderes carismáticos. Por el momento, solo existe una condición genérica de fondo a favor de las hipótesis revolucionarias: tanto malestar, tanto sufrimiento y cólera individual y colectiva. Lo produce la última figura del *ancien régime*, un capitalismo financiero global en apuros, tal vez, empeñado en “ganar tiempo”, por utilizar la fórmula de Streeck (2013), es decir, en encontrar clandestinamente nuevos recursos y nuevos espacios para seguir obteniendo ganancias –para que la mega-máquina, el sistema-mundo cuya lógica interna exige el movimiento perpetuo, la expansión y la superación de los límites, no deje de ‘crecer’–, pero que parece chocarse con crisis cada vez más frecuentes, contenidas y sorteadas con remedios eficaces a corto plazo pero que agravan la situación a medio y largo término.

Asumo que este análisis es verosímil, y no un mero deseo piadoso de un estudioso aún enredado en la red ideológica y el clima político de los *Treinta Gloriosos*, una época de reformas que produjo sin embargo auténticos anhelos revolucionarios ¿Una paradoja? Depende de cuál de las definiciones de reforma de Bobbio se adopte¹². En el fondo, es este refinado arte de la distinción lo que hace de su obra una contribución imperecedera, y esto vale también, a mi juicio, para estas lecciones sobre el cambio político, a primera vista completamente desfásadas dado su anclaje en las formas de hacer política propias del siglo XX y, en particular, en el mundo bipolar que se hundiría diez años más tarde¹³.

¹² Véase Bobbio (2021, p. 525), donde se distingue entre las reformas sustitutivas de la revolución, aquellas preparatorias y preventivas (o impeditivas) de la propia revolución.

¹³ Véase por ejemplo cómo el filósofo turinés ofrece un esquema sencillo pero esclarecedor de las diferencias entre las diversas formas de cambio político (Bobbio, 2021, p. 485).

En cuanto a citar la revolución, es mejor abstenerse de hacer predicciones sobre el fin del capitalismo y de la globalización. Quién sabe si una vez más el capitalismo encontrará el modo de superar sus contradicciones, de alcanzar condiciones de equilibrio y sostenibilidad socioeconómica y medioambiental aceptables, burlándose no solo de Marx, sino también de Gallino y de Streeck. Quien vivirá lo verá, o, como dice el poeta, la posteridad juzgará. Sí, la posteridad. Referirse a ella implica una apuesta por el futuro de lo que llamamos civilización que no puede sin embargo darse por descontada.

¿La guerra como instrumento del cambio político en la continuidad del despotismo oriental?

Desde el momento que Bobbio dictara el curso sobre el cambio político y la revolución, el orden mundial ha cambiado profundamente. La caída del muro de Berlín constituyó el primer gran cambio, traducido plásticamente en el fin de la URSS, que trajo consigo el fin de un equilibrio, aunque fuese de terror. Estados Unidos sigue siendo aparentemente la única superpotencia, pero esta condición no durará mucho. China evidentemente ambiciona disputarle ese papel, y en cualquier caso la gestión estratégica del planeta se complica enormemente, y no solo en las zonas de influencia de la antigua Unión Soviética. La convicción de que la globalización económica y financiera (en breve la versión contemporánea de aquel “dulce comercio” que Condorcet y Kant esperaban que sustituyera a las guerras y a las conquistas *manu militari*) podría apoderarse paulatinamente del mundo entero y unificar identidades y culturas según el modelo capitalista (o mejor, el binomio capitalismo-democracia –incluso en la versión de baja o muy baja intensidad de la Trilateral), se ha revelado pronto plagada de dificultades (Crozier, Huntington, Watakuni, 1975). Tales dificultades están simbolizadas por el ataque a las Torres Gemelas. Se manifiesta por doquier sobre el terreno, en una miríada de conflictos locales que escapan al control y alimentan viscerales resentimientos antioccidentales. Por otra parte, es cierto que el mercado de bienes y capitales ha llegado a casi todas partes, pero no es menos cierto que hasta ahora no ha traído consigo la democracia, ni siquiera una apariencia de democracia. Al contrario, las olas de democratización de las que Huntington (1993) nos dio cuenta lleno de confianza parecen no solo haberse detenido, sino haberse convertido en movimientos de signo contrario. La calidad de la democracia se ha deteriorado en casi todas partes. En algunos países que no son clasificados como regímenes autoritarios, la democracia es cada vez más una mera fachada¹⁴. Para decirlo de forma concisa, la mayoría de los ocho mil millones de seres humanos que habitan el planeta participan de alguna manera en el mercado global pero no viven bajo regímenes democráticos (Galli y Caligiuri, 2020), incluso si fuésemos muy laxos a la hora de definir los requisitos mínimos para que un sistema político sea considerado democrático. La propensión occidental a considerar la dimensión económica como prioritaria, capaz de dictar la línea a las demás esferas de la acción humana, quizá nos haya hecho perder de vista este hecho, así como otros fenómenos sociales y políticos elementales. Que pueden ser tildados de primitivos, pero que están bien arraigados en las tradiciones de los pueblos. Nos ha privado en consecuencia de la posibilidad de comprenderlos en profundidad, de mirarlos a través de otras lentes, que no reduzcan también la geopolítica a una suerte de pura transacción comercial, de negociación económica entre agentes racionales.

Bobbio no podía imaginar esta rápida regresión hacia distintas formas de totalitarismo. Salvo en la medida en la que advertía en términos generales, en tanto que incorregible adversario de toda forma de optimismo fatuo, que la historia no avanza linealmente hacia el mejor de los mundos, que la regresión está siempre a la vuelta de la esquina, que los “nunca más” ante los crímenes de los que somos capaces son mera retórica. En sus lecciones convertidas en volumen póstumo, el tema del cambio –sea cual sea– es ante todo una cuestión de política interior, que en todo caso plantea a nivel de las relaciones y del derecho internacionales el problema del reconocimiento jurídico del cambio que se ha impuesto de forma efectiva por parte de la comunidad de Estados:

el derecho internacional reconoce que el ordenamiento que nace de una revolución culminada con el éxito es un ordenamiento legítimo. Esto es lo que los internacionalistas llaman el “principio de efectividad”. Todo el sistema de relaciones internacionales se rige por el principio de efectividad (Bobbio, 2021, p. 469).

En estas lecciones queda en la sombra, me parece, la cuestión de si la geopolítica, las tentativas de rediseñar los equilibrios internacionales, no sean, como efectivamente lo son, poderosos medios con los que alterar la política interior de tal o cual Estado, dentro de tal o cual región del mundo, en una relación en la que es difícil distinguir la causa del efecto.

La guerra desencadenada por Rusia contra Ucrania el 24 de febrero de 2022, con independencia de su resultado, representa un brusco despertar, que pone a prueba la creencia en que la era del “dulce comercio”, de la globalización económica que todo lo monetiza y lo convierte en objeto potencial de una transacción, que asigna un precio y un papel a cada cosa sin recurrir aparentemente al uso de la fuerza, es el horizonte duradero de la humanidad. En realidad, toda la panoplia de las pasiones humanas, individuales y colectivas, de líderes más o menos carismáticos, y de pueblos reducidos a una mayor o menor ignorancia por mitologías que invocan glorias pasadas que hay que revivir, están lejos de haber abdicado frente a la razón instrumental y economicista. La agresión perpetrada por Rusia

¹⁴ Entre los diversos organismos que supervisan y observan el estado de salud de la democracia en el mundo, véase el *Índice de Democracia 2021* publicado por *The Economist* (https://www.economist.com/graphic-detail/2022/02/09/a-new-low-for-global-democracy?gclid=Cj0KCCQiAmKiQBhCIARIsAKtSjlmLaurffKxOES0dceUOqS7KN8nYSsQ1O52fe9gcSJUeVtgDMT_dclAahjtEALw_wcB&gclid=aw.ds). Para una síntesis del resultado véase: <https://www.lavoce.info/archives/93214/democrazia-in-ribasso/>

—en tiempos recientes la más llamativa pero no la primera— parece incomprendible si la consideramos exclusivamente desde el punto de vista de la razón económica. En cambio, creo que se puede entender asumiendo una perspectiva no economicista, reconociendo que estamos frente a una “visión del mundo” irreconciliablemente distinta, que implica precisamente la alteridad del “mundo ruso”. Un mundo que debe recuperar por todos los medios lo que considera que es suyo “por naturaleza” (es decir, de lo que suyo desde alguna lejana noche de los tiempos, desde un momento histórico que evidentemente cada cual fija a su arbitrio). Para ello deshaciéndose lo más rápidamente posible de aquellos vestigios de la “civilización de los derechos” de matriz ilustrada que reemergió después del colapso de la URSS¹⁵. En su lugar ha resurgido con prepotencia la tradición que el pensamiento político europeo, desde Aristóteles a Montesquieu hasta nuestros días, ha etiquetado con la expresión “despotismo oriental”¹⁶. Hay que reconocer, por mucho que este lenguaje no me pertenezca, que lo que está ocurriendo de forma trágica en Ucrania es solo un momento de un bimilenario e interminable choque de civilizaciones. De una parte el largo, accidentado y ciertamente inacabado camino hacia el reconocimiento de los derechos de la persona, en el que se entiende a las colectividades políticas ante todo como formas de organización al servicio de tales derechos; por otro, el eterno organicismo que se sitúa en el extremo opuesto, y que encuentra en el despotismo oriental, o si se prefiere en el totalitarismo, su realización más pura. De una parte, las democracias liberales, con todos sus defectos y su alejamiento de los ideales proclamados, alejamiento que llega hasta su frecuente traición; de otra, las autocracias más o menos terribles, pero que tienen en común el no tener ninguna posibilidad de cambio político real hacia formas pacíficas y el golpear duramente cualquier manifestación de disenso.

Las fallas culturales e identitarias se deslizan lentamente, en movimientos difíciles de interpretar. Ello no es óbice para que sean profundas, y quizá insalvables: como heridas que ninguna medicina puede cicatrizar. Parecen tan incurables que resurgen en forma de “soberanismo” oportunista incluso en la Unión Europea construida, al menos en sus primeros pasos, precisamente para evitar la repetición de las trágicas consecuencias del nacionalismo, el imperialismo y la política de poder más o menos disfrazada bajo el pretexto de la defensa del interés nacional amenazado por no se sabe quién o qué¹⁷.

Por desagradable que resulte —y para quien esto escribe lo es mucho, porque supone replantearse el cosmopolitismo de los derechos fundamentales que durante tanto tiempo se ha considerado la perspectiva normativa a la que debía aspirarse—, hay que reconocer que la dicotomía schmittiana amigo-enemigo ofrece una clave bastante plausible para entender los cambios en curso. Siendo así, parecen inútiles los llamamientos a llegar de algún modo a un acuerdo con un enemigo que declara abiertamente que entiende la negociación no como la búsqueda de un compromiso honesto en el marco del derecho internacional, sino como una forma de levantar acta de una rendición en los términos que ella dicte. No me sorprende que haya en Occidente partidarios de la negociación a cualquier precio, ni que se camuflen como pacifistas, ni que admiren la distinción, habitual en la ciencia política actual, entre “democracias” y “dictablandas”, cuando se hace referencia, en esencia, a regímenes autoritarios. Me sorprende en cambio que entre los partidarios de que se fomente la negociación, privando al mismo tiempo de ayuda a la resistencia ucraniana, se encuentren quienes, sin duda de forma sincera, siempre han profesado y profesan ser arduos constructores y defensores precisamente de la civilización de los derechos fundamentales. ¿Cómo pueden no darse cuenta de que se abre una perspectiva distópica al permitir que se difunda y refuerce una visión del mundo diametralmente opuesta [a la de la civilización de los derechos], propia de los regímenes que se fundamentan en el miedo y la sumisión servil, tan profundamente sin fisuras que parecen eternos, una visión del mundo que se resume en la figura del despotismo oriental? Parecen haber olvidado de repente lo que siempre han afirmado, a saber, que los derechos del individuo no caen del cielo, no son derechos naturales aunque así hayan sido definidos desde hace mucho tiempo en la historia del pensamiento jurídico y político, sino que son el resultado de largas y sangrientas luchas¹⁸. Dista de ser una novedad que la historia sea un matadero.¹⁹ Los derechos siempre se han ganado y defendido en la historia, por desgracia, a menudo con sangre. Atrás quedan las revoluciones de la edad moderna, las luchas por la liberación y contra el colonialismo y el imperialismo, y, en general las infinitas formas de resistencia a la opresión —a veces pacíficas, mucho más a menudo violentas— de las que está salpicada la historia de la humanidad. Sigue siendo difícil entender por qué esta vez resistir a la invasión y a la opresión, oponer fuerza a la fuerza para intentar no convertirse en satélite de un estado militar²⁰, de una potencia despótica, es algo culpable. A menudo alegan argumentos que combinan referencias a los clásicos del pensamiento pacifista, en particular al pacifismo de matriz ético-religiosa, con citas de autores realistas, como Henry Kissinger y John Mearsheimer, caracterizados por su tendencia a la

¹⁵ Una reconstrucción interesante puede encontrarse en Gori (2021).

¹⁶ Sobre este tema recurrente (Bobbio, 1976, pp. 151-160).

¹⁷ ¿Y qué hay del papel de Turquía, que pertenece a la OTAN, pero que ciertamente no es ajena a la tradición del despotismo oriental?

¹⁸ Escribe Luigi Ferrajoli: “ninguno de estos derechos ha descendido nunca desde arriba, sino que todos han sido conquistados mediante rupturas institucionales: las grandes revoluciones americana y francesa, luego los levantamientos del siglo XIX por los estatutos [*statuti*], y finalmente las luchas obreras, feministas, pacifistas y ecologistas del siglo XX” (Ferrajoli, 2001). Creo superfluo subrayar que estas y otras “revoluciones” y “luchas” fueron en su mayoría muy cruentas y a menudo adoptaron la forma no solo de guerras civiles sino de guerras entre Estados, produciendo millones de muertos. Incluso la “pacífica” descolonización de la India terminó en 1947 con un brutal conflicto entre hindúes y musulmanes que costó un millón de vidas.

¹⁹ N. del T.: Vitale utiliza en este punto la expresión “banco del macellaio” (el banco o la tabla del carnicero), con la que se ha traducido en italiano de forma habitual un famoso pasaje de la *Introducción General a las Lecciones de Filosofía de la Historia* de Hegel, que José Gaos tradujo al castellano valiéndose de una metáfora bien distinta (la historia como ara de sacrificio).

²⁰ Sobre la naturaleza eminentemente militar del Estado ruso me parece todavía actual Castoriadis (1981). Ha llamado la atención sobre este texto Ventura (2022).

búsqueda de soluciones pragmáticas²¹. Extrañamente, la duda de que pudiese haber una contradicción no parece pasarse por la cabeza de quienes así proceden.

El temor a que la situación se nos escape de las manos y se abra la puerta a un conflicto nuclear es el único argumento realmente fundado a favor de la negociación a cualquier precio. En consecuencia, se debería –en el sentido de “sería prudente”– recomendar a regañadientes al agresor, concediéndole en buena medida cuanto pretende, para evitar consecuencias mucho peores para la humanidad. Lo que implicaría sacrificar la integridad territorial de Ucrania y su deseo de convertirse en un Estado democrático de derecho merecedor de ser parte de la Unión Europea. Desde una perspectiva realista que anula la propiamente normativa, aceptar tal solución puede parecer un sacrificio doloroso pero razonable. Con aire contrito, se nos explica que desgraciadamente es necesario apelar, sin profundizar nunca en su definición y ámbitos de aplicación, a la ética weberiana de la responsabilidad frente a la ética de la convicción, que expresaría una forma de fanatismo cargado de nefastas consecuencias. Es una lástima que, precisamente al tomar la ética de las consecuencias como criterio de acción, uno deba preguntarse si, al negociar realmente las condiciones de la rendición, no se expone fácilmente a la reiteración del chantaje. Una reiteración que traería consigo la admisión de que el despotismo oriental, por primera vez en la historia, tiene la fuerza moral y las herramientas para vencer. Se produciría de este modo una mutación política a nivel global bajo el signo de la reacción más oscura, algo que pondría en cuestión nuestro “vivir libres” que tantas fatigas nos ha costado. O lo que es lo mismo, las condiciones (entre otras cosas) que hacen posible criticar duramente (tal vez sin ser escuchados pero sin temor) tanto los fracasos y las distorsiones del reformismo cuanto la democracia hecha sierva del capitalismo financiero.

Bibliografía

- Bobbio, Norberto (1976). *La teoria delle forme di governo nella storia del pensiero politico*, Giappichelli [Edición en español: (1987). *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político* (José Fernández Santillán, Trad.). Fondo de Cultura Económica].
- Bobbio, Norberto (1990). *L'età dei diritti*, Einaudi. [Edición en español: (1991). *El tiempo de los derechos* (Rafael F. de Asís Roig, Trad.). Sistema].
- Bobbio, Norberto (1999). *Teoria generale della politica* (Michelangelo Bovero, Ed.). Einaudi. [Edición en español: (2003). *Teoría general de la política* (Michelangelo Bovero, Ed.). Trotta].
- Bobbio, Norberto (2021). *Mutamento politico e rivoluzione* [Cambio político y revolución]. (L. Coragliotto, L. Merlo Pich, E. Bellando, Eds.; M. Bovero, pref.). Donzelli.
- Castoriadis, Cornelius (1981). *Devant la guerre: les réalités*. Fayard. [Edición en español: (1981). *Ante la guerra: las realidades* (Carmen Artal, Trad.). Tusquets].
- Crozier, Michel J.; Huntington, Samuel P. y Watanuki, Joji (1975). *The Crisis of Democracy. On the Governability of Democracies*. [La Crisis de la Democracia. Sobre la Gobernabilidad de las Democracias]. New York University.
- Cuono, Massimo (2015). In principio era il mercato, poi venne la rete. Disintermediazione, spontaneità, legittimità. *Iride*, 2, 305-317. DOI: 10.1414/80568
- Ellis, Erle C. (2018). *Anthropocene. A very short introduction*. Oxford University. [Edición en español: (2022). *El antropoceno: Una breve introducción* (Dulcinea Otero-Piñeiro, Trad.). Alianza].
- Ferrajoli, Luigi (2001). Diritti fondamentali. En Ermanno Vitale (Ed.). *Diritti Fondamentali: Un dibattito teorico* (pp. 3-40). Laterza.
- Galli, Giorgio y Caligiuri, Mario (2020). *Il potere che sta conquistando il mondo. Le multinazionali dei paesi senza democrazia* [El poder que está conquistando el mundo. Las multinacionales de países sin democracia]. Rubbettino.
- Gallino, Luciano (2011). *Finanzcapitalismo. La civiltà del denaro in crisi* [Finanzcapitalismo. La civilización del dinero en crisis]. Einaudi.
- Gori, Luca (2021). *La Russia eterna. Origini e costruzione dell'ideologia post sovietica* [La Rusia eterna. Orígenes y construcción de la ideología postsoviética]. Luiss University.
- Huntington, Samuel P. (1993). *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century*. University of Oklahoma. [Edición en Español: (1994). *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX* (Josefina Delgado, Trad.). Paidós].
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1998). *Manifesto del partito comunista*, Einaudi. [Edición en Español: (2011). *Manifesto comunista* (Pedro Ribas, Trad.). Alianza].
- Meadows, Donella H.; Meadows, Dennis I.; Randers, Jørgen y Behrens III, William W. (1972). *The limits to growth: a report for the Club of Rome's project on the predicament of mankind*. Universe Books. [Edición en español: (1972). *Los límites del crecimiento* (Soledad Loeza, Trad.). Fondo de Cultura Económica].
- Streeck, Wolfgang (2013). *Tempo guadagnato. La crisi rinviata del capitalismo democratico*. Feltrinelli. [Edición en español: (2016). *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático* (Gabriel Barpal, Trad.). Katz].
- Streeck, Wolfgang (2021). *Come finirà il capitalismo? Anatomia di un sistema in crisi*, Meltemi. [Edición en español: (2017). *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia* (José Amoroto, Álvaro García-Ormaechea, Juanmari Madariaga y Ethel Odriozola, Trads.). Traficantes de Sueños].
- Ventura, Raffaele Alberto (2022, 25 de febrero). Il filosofo che aveva denunciato l'espansionismo russo. Il Grand Continent. <https://legrandcontinent.eu/it/2022/02/25/castoriadis-il-filosofo-che-aveva-denunciato-lespansionismo-russo/>.

²¹ Por ejemplo, véase la entrevista a Marco Revelli en "Repubblica" del 17 de abril de 2022, donde es evidente la inspiración del pacifismo moral. (https://www.repubblica.it/politica/2022/04/17/news/marco_revelli_guerra_ucraina_putin_biden_anpi-345781892/). Y un mes más tarde, del mismo autor, el comentario *La lengua bífida de la guerra* (<https://volerelaluna.it/commenti/2022/05/15/la-lingua-biforcuta-della-guerra/>), en el que se cita con aprobación a diversos exponentes del realismo en las relaciones internacionales, entre ellos Kissinger.